

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXII



Córdoba, 2016

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXII

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2016



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXII

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Iglesia de san José a mediados del siglo XX. *Rafael Bernier Soldevilla*

I.S.B.N.: 978-84-8154-533-3

Depósito Legal: CO 2056-2016

MIS PADRES, MIS MAESTROS

Ángel Fernández Dueñas

Cronista oficial de Villaviciosa de Córdoba

Con ocasión de nuestro último Congreso, celebrado en mi pueblo y de haber sido encargado de dirigir la sesión científica, pude comprobar como algunos compañeros presentaban trabajos referidos a hombres y mujeres distinguidos en sus localidades.

Entonces, recordé que, meses atrás, la Asociación Cultural “La Tribu educa” auspició la aparición de un libro, editado por la Diputación Provincial, que con el título *Maestros y maestras de nuestras vidas*, homenajea a veinte profesionales de la enseñanza de Córdoba y, entre ellos, a mis padres, Ángel Fernández Luna e Irinea Dueñas Valenzuela.

Y así, tras la intervención de Fernando Leiva exaltando la figura magisterial de doña Laura Contreras, maestra de Fuente Tojar –nacida en Villaviciosa– introduce una “improvisación” sobre mis padres.

Por ser el autor de estas líneas el hijo mayor de este matrimonio de maestros nacionales y ser su biografía la misma a lo largo de casi sesenta años de vida en común, me parece lógico y justo acometer estos dispersos y escasos retazos biográficos de manera conjunta, individualizando sólo lo estrictamente personal. Además, ellos, estoy seguro, así lo hubieran preferido.

En lo concerniente a mi padre, nació en 1909 en La Carlota, donde, a la sazón, su madre ocupaba plaza de Maestra Nacional y estudió en Córdoba el Bachillerato y la carrera de Magisterio. Si bien su vocación fue siempre la Medicina, tal vez por ser miembro de la familia de los Luna –saga médica existente en Córdoba de manera ininterrumpida desde, al menos, finales del siglo XVIII– el hecho de ser el segundo de seis hermanos, dificultó dicha ilusión, que transmitiría no obstante a su primer hijo, a mí mismo.

Tras superar las pruebas de oposiciones al Cuerpo del Magisterio Nacional, fue destinado al pueblo zamorano de San Ciprián de Hermisende, situado en la comarca de la Alta Sanabria, en el mismo punto de confluencia de los antiguos reinos de León Galicia y Portugal, desde donde, a mitad de los años treinta del siglo XX, sería trasladado a Villaviciosa de Córdoba.

Allí mismo nació y vivió mi madre, hasta el traslado de su familia a la capital, donde estudiaría el Bachillerato superior, ya que ella pretendió siempre estudiar

Veterinaria pero ante la negativa obstinada de su padre, por considerar el desempeño de esta carrera poco femenino, se inclinó por los estudios de Magisterio. Tras superar la obligatoria oposición, escogería su propio pueblo como destino. Enseguida, se conocen, se enamoran y contraen matrimonio en la Parroquia de Santa Marina de Aguas Santas de Córdoba.

En aquellos años prebélicos discurre su primer contacto con el pueblo en el que desempeñarían su ejercicio profesional. Pero, enseguida, el fantasma de la guerra haría su aparición y se sucederían una serie de luctuosos acontecimientos, comenzando con la obligada huída a pie (con mi madre embarazada casi a término, que terminaría dando a luz un feto muerto, en Villanueva de Córdoba); la posterior llegada a Almodóvar del Campo, ya en Ciudad Real, localidad en la que el matrimonio consigue plaza de maestro; el intento de movilización de él, dentro del ejército rojo, que ocupaba la zona; el inevitable enrolamiento, menos mal que en servicios administrativos, lo que significó para él la tranquilidad de no tener que enfrentarse a un hermano suyo, que operaba en el bando nacional, en el frente extremeño, donde por cierto cayó en combate...

Tras la paz, vuelta a casa, no sin tener que pasar la ¿humillación?, al proceder de la llamada “zona roja”, de tener que ser avalados ambos por el primo hermano de él, D. Antonio Luna Fernández, médico y recién nombrado Alcalde de Córdoba.

Ya en Villaviciosa reanudarían su vida profesional llena de proyectos e ilusiones. Llegaban con una hija, castellana, y un varón, que por casualidad nació en Córdoba en el viaje de regreso... A lo largo de los años, nacerían en el “Pueblo de la Virgen” cinco más... y morirían dos en un intervalo de tres meses... Vida y muerte, sonrisas y lágrimas, como la vida misma...

Y la vida, en general, fue gozosa para todos nosotros en los diecinueve años siguientes, hasta 1958, cuando este esforzado matrimonio de maestros, Ángel e Iris, emigraría a Córdoba con el simple y meritorio intento de poder facilitar a sus cinco hijos la formación que ellos desearan. Atrás quedaban dos niñas, dos “angelitos” muertos..; y su recuerdo –perenne y vívido, puedo jurarlo– se dulcificaba con una vida profesional fecunda y agradecida; con unos hijos que progresaban en sus estudios y en su formación; con su satisfacción por el deber cumplido en su profesión.

Yo fui alumno de los dos, primero de ella, como párvulo y luego de él, a pesar de que sus alumnos, creo recordar que de cuarto grado, eran muchachos de doce años. Sólo ellos dos cimentaron la base de mi formación.

Con mi madre, aprendí a leer; de sus labios, aprendí a rezar y a amar a la Virgen de Villaviciosa; de su ejemplo, surgió mi casi patológico sentido de la responsabilidad; con sus consejos me nutrí espiritualmente y, todavía, los cito casi a diario: “Decía mi madre...”.

Naturalmente mis recuerdos en mis años de parvulario, no son extensos. Sí sé que sus alumnas (porque creo recordar, que entonces, sólo eran niñas) siempre hablaban de su cariño, de su comprensión, de su cercanía. Los padres ponderaban sus métodos didácticos y la calidad de sus resultados. Los compañeros siempre afirmaron que fue una adelantada en su tiempo en su metodología pedagógica y en el material utilizado, absolutamente original. Era asidua lectora de revistas especializadas, de las cuales, dos, *Escuela en acción* y *Magisterio Nacional*, las recuerdo en su formato y en su cotidianeidad en nuestra casa.

Mi padre fue siempre mi ejemplo a imitar. Admiraba su facilidad para componer y recitar poemas y él se esmeraba en corregir los míos; por él nació mi vocación poética. Admiraba sus conocimientos, su forma de transmitirlos, su manera de juzgar a los alumnos, de estimularlos, incluso de premiarlos. Él dividía a la clase en dos grupos lo más parecidos posible: uno era Roma y el otro, Cartago. Y su incruenta batalla consistía en preguntar a uno y, si fallaba en la respuesta, su “contrario” (el que tuviera el mismo número de orden en el equipo adversario), tenía la oportunidad de puntuar. Al final de mes, entre el equipo ganador, se rifaban pequeños regalos como lapiceros, gomas de borrar o humildes cuadernos.

Otra “genialidad” de mi padre-maestro, al menos eso me parecía, tenía lugar los sábados por la mañana (pues entonces la escuela abría, además de todas las tardes de lunes a viernes, el sábado por la mañana). Ese día la explicación era sobre el Evangelio del día siguiente, domingo, y a su terminación, venía lo mejor para mí: la lección de Historia Sagrada, basada en pasajes importantes del Antiguo Testamento. Hubo de pasar mucho tiempo para que yo me diera cuenta que la jornada escolar sabatina consistía, ni más ni menos, que en un intento de aproximación al conocimiento de la Biblia.

Y una anécdota que da fe de su estilo, humilde y señorial a un tiempo, prudente y arrojado al par, es la siguiente: Es bien sabido que, en aquellos años de la postguerra, entre otras muchas carencias que habíamos de afrontar, era la de la salubridad e higiene y por ello, fueron frecuentes las epidemias de piojos, sobre todo en los niños de las escuelas. En el transcurso de una de ellas, hubo algunas familias que pidieron a mi padre que sus hijos no se sentaran cerca de los niños “piojosos” (eran tres los “convictos”). Mi padre solucionó el problema poniendo a dos de ellos a mi derecha e izquierda y al tercero, en el pupitre de detrás. Yo, naturalmente, me enfadé entonces, pero pronto comprendí y aplaudí su gesto.

Ya en Córdoba, mis recuerdos son escasos, no vividos sino referidos, pues, por entonces, me encontraba cursando en Sevilla mis estudios de Medicina. Sé que mi madre fue destinada al primer grupo escolar que existió en el recién construido Sector Sur y mi padre a unas escuelas, creo que eran sólo dos, al lado de la antigua Casa de Socorro, en la calle Góngora. En mis vacaciones –no en todas– lógicamente vivía el trajín diario de la casa, que pudiera resumirse como una vida paralela a la enseñanza: El ir y venir de mis padres a sus respectivas escuelas y de mis hermanos al Instituto.. El oír historias y anécdotas, las más de las veces relacionadas con el Magisterio, más ahora que mi madre tenía dos hermanas maestras en Córdoba, Carmen y María Josefa..

En mi exilio sevillano supe que mi madre había sido distinguida con el premio Séneca, otorgado, creo, por el Ayuntamiento de la capital y sentí muy de veras no poder asistir a su entrega, aunque la perpetua presencia en la casa de la efigie de Lucio Anneo, me producía un íntimo y dulce cosquilleo de orgullo y placer, que siempre guardé para mí así como el anhelo de haber heredado ese trofeo (finalmente escamoteado de manera torticera).

Supe también que había sido trasladada a un grupo escolar de Ciudad Jardín (¿la Maternal? ¿la escuela de la casi mítica Luciana Centeno? y que era feliz en ese nuevo destino, más aún a raíz de haber superado el curso que hubo de hacer en Sevilla para obtener el título oficial de parvulista. Ya vivíamos en la calle Martínez Rucker, ya había terminado yo la carrera y ya tenía coche. Recuerdo con nostalgia y también con íntimo orgullo como en mis mañanas de salida de guardia en el Hospital de Agudos (actual Facultad de Letras), esperaba que mi madre pasara para acompañarla a su escuela en mi recién adquirido “Seita”..

También supe las buenas “andanzas” de mi padre. Seguía, fiel y firme, perteneciendo de forma activa a la Adoración Nocturna, de la que, en Villaviciosa, lo había sido todo (secretario y presidente de la sección).. Trabajaba, como siempre, en la escuela y en sus clases particulares –que yo tan bien conocía de mis cuatro primeros años de Bachillerato– para estirar algo más su magro peculio.. Otro día me enteraba de que se hallaba ocupado en alfabetización de adultos. O en tribunales de oposiciones al Magisterio Nacional. O que ocupaba no sé qué puesto en la Delegación de Enseñanza Primaria (¿es así?), donde según las noticias que me siguen llegando hasta ayer mismo de compañeros más jóvenes, ejerció una labor callada y sin embargo, prolífica. ¿Dónde quedaba, entonces, el comentario o, mejor dicho, la recomendación de algún compañero, previa a su intención de traslado a Córdoba, de que “allí, te diluyes” ...?

No, mis padres no se diluyeron, ni profesional ni personalmente, con su venida a Córdoba. Antes bien, pudieron ver absolutamente cumplidas sus expectativas que no fueron otras, sino la de facilitar la formación de sus hijos, a los que recomendaron que, aparte de acometer la carrera o profesión que cada uno tuviera a bien, previamente cursaran Magisterio más a corto plazo, como una seguridad, por si ellos no pudieran coronar su cometido. Todos asentimos, hasta yo, que ya tenía más que mediada mi carrera de Medicina. Mis cuatro hermanos terminaron Magisterio; Tres ejercieron, uno acometió después la carrera de Arquitectura y arquitecto es. Las dos hembras, hicieron una segunda carrera: la mayor, Asistente Social; la pequeña, Arte y Declamación. Y yo, *mea culpa*, no pude terminar Magisterio a falta de las dos Pedagogías, que no se estudiaban en Bachillerato...

En resumen: Para mí, para nosotros los hermanos, nuestros padres han sido, a la vez, el timón y el palo mayor del ideal velero familiar y los que los conocieron y los trataron, aparte de sus valores profesionales y de sus cualidades morales, alaban y ponderan su talante, en definitiva su incuestionable señorío. Todo ello lo proclamábamos y agradecíamos en 1985, cuando se cumplían los cincuenta años de su matrimonio y hacía cuatro que faltaba ella. Así era nuestro agradecimiento:

Gracias, en primer lugar por habernos traído a este mundo.

Gracias también, por habernos dado un hogar donde aprendimos esos valores morales, que por su atemporalidad, son siempre eternos y que deberán significar para nosotros y para nuestros hijos, un modelo a seguir.

Gracias, porque habéis hecho posible que hoy seamos mujeres y hombres útiles a la sociedad no habiendo hurtado nunca vuestro sacrificio y vuestra abnegación para que pudiéramos alcanzar los fines que, libremente, cada uno de nosotros nos propusimos.

Gracias, en fin, por habernos querido tanto, por darnos todo sin pedir nada a cambio, por teneros siempre a nuestro lado cuando más os necesitábamos, por vuestras correcciones, por vuestros consejos, por vuestros estímulos. Gracias por vuestros beneficios, padres queridos..

Por todo ello, hoy queremos hacer profesión de nuestro agradecimiento para no caer en la condena que late, implícitamente en la frase de Séneca: “..Ingrato el que niega el beneficio. Ingrato el que no lo retorna, pero más ingrato es el que lo olvida..”.

Y termino con un homenaje personal: tres sentidos sonetos compuestos por mí tras la jubilación de mi padre, homenaje que siempre hice extensivo a todos los maestros del mundo:

(I)
Llamada

Muy joven, ya sentiste la llamada
que ejerció sobre ti el Magisterio,
íntima vocación de un ministerio
por ti entrevista y sólo soñada.

Con esa decisión firme tomada,
tras años de un estudio hondo y serio,
pudiste dar razón a tu criterio
viendo tu vida de razón colmada.

Iniciaste, feliz, el gran camino,
aceptando, total, el compromiso...
Por tu pedirlo y porque Dios quiso,
trazaste en la docencia tu destino,
con vívida ilusión, talante presto...
y fuiste, nada menos, que maestro.

(II)
Ejercicio

En la fragua diaria de tu anhelo
forjaste juventud alegre y sana
y sembraste, tenaz, en tu besana
los granos del saber con mimo y celo.

Amor y rectitud fue tu señuelo;
tu impronta y tu latir, la fe cristiana
y al niño de ayer, hombre mañana,
hiciste iniciar su primer vuelo.

Hubo en tu vivir rosas y abrojos,
penas, abnegación y sacrificio,
risas y alegrías, llantos y enojos,
aunque fue lo más grande, el beneficio.
En la leve sonrisa de tus ojos
se resumen tus años de ejercicio.

(III)
El adiós

Y llegado, al fin, este momento,
culmen de tu carrera y de tu vida,
no pienses que en mi voz hay despedida,
ni en mis versos resquicio de lamento.

Es alegre mi adiós, feliz mi acento,
pues no es hoy un punto de partida
y, aunque esté mi palabra conmovida,
late en mi corazón, un gran contento.

Comparte tú conmigo mi alegría
y olvidemos los dos pasadas penas
y todos exaltemos a porfía,
tu recto devenir, tus cosas buenas;
lo mismo que ayer, desde este día,
ya siempre llevarás las manos llenas.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

